

Compañeros en Misión: Pluralismo en acción¹

Discurso del P. General en la Universidad Loyola Marymount, con motivo de la Jornada sobre la Misión.

Universidad Loyola Marymount. Los Angeles. USA.
2 de febrero 2009

Es un gran placer para mí estar presente aquí en la Universidad Loyola Marymount en el día que dedicáis a la reflexión sobre vuestra misión compartida. Como la universidad está pendiente de celebrar, dentro de dos años, su centenario, su historia y los compromisos actuales muestran una larga lista de distinguidos colegas laicos, católicos y no católicos, que han servido bien como profesores, personal administrativo, antiguos alumnos y estudiantes. La verdadera historia de vuestra institución no sería justa sin su relevante inclusión. Desde hace más de treinta y cinco años, cuando Marymount College se fusionó con la Universidad de Loyola para formar Loyola Marymount, habéis aprendido a unir los carismas católicos complementarios de los jesuitas, las Religiosas del Sagrado Corazón de María y las Hermanas de San José de Orange.

Situados en una ciudad de importancia global sobre la costa del Pacífico, os habéis empapado de la impresionante diversidad cultural y religiosa de Los Ángeles. Vuestro currículo incluye no sólo, como era lógico, una mayor concentración en estudios Católicos sino también en estudios Judíos. Hace unos años fuisteis sede de una de las mayores reuniones de diálogo budista-cristiano de la historia. Observo también, con aprobación, la labor del Centro de Espiritualidad Ignaciana para promover, entre los profesores y el personal administrativo, la participación en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y, más ampliamente, su constante atención a la espiritualidad.

Es por tanto fácil para mí en este contexto abordar hoy este tema –los jesuitas y sus compañeros en la misión- que no es exactamente nuevo en el discurso jesuita. Ya en 1976, el Padre Pedro Arrupe, entonces Superior General de la Compañía, en su discurso en la universidad de San José de Filadelfia titulado "Pioneros del Espíritu: colaboración jesuitas-laicos", sugirió que tal colaboración en la misión depende fundamentalmente de relaciones basadas en la mutua confianza, alimentadas por intercambios frecuentes, estructuradas de manera flexible y formando una comunidad de servicio.²

Hubo un encuentro en 1988 en la Universidad de Creighton, centrado en este mismo tema de la colaboración jesuitas-laicos. En 1989 se celebró la convocatoria de la 89 Asamblea General³ en la Universidad de Georgetown, que convocó el grupo más numeroso nunca reunido de jesuitas y colaboradores laicos comprometidos en la educación superior.

Las dos últimas Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús -la 34 en 1995 y la 35 en 2008- publicaron decretos que urgían explícitamente el diálogo mutuo en la colaboración jesuitas-laicos. El P. Kolvenbach, nuestro anterior Superior General, abordó este tema de nuevo en la Universidad de Creighton en 2004, en un discurso titulado "Colaboración con los laicos en la Misión"⁴. Y, recientemente, los Provinciales jesuitas de Estados Unidos han dedicado parte de su planificación estratégica pastoral, a las "Asociaciones Apostólicas."

Tampoco está ausente este tema de la colaboración en la misión en el diálogo de los colaboradores no-jesuitas cuando se unen a grupos de trabajo para reflexionar sobre la misión e identidad en universidades, colegios, centros de espiritualidad y de acción social. Así que actualmente no faltan documentos útiles para preparar este diálogo con un punto de partida fructífero. Sin embargo, muchos jesuitas y sus colegas no jesuitas, temen que en este tema todavía no se ha llegado a un nivel más profundo; que aún no está suficientemente centrado en un intercambio no paternalista de igualdad entre colegas y compañeros. Algunos creen que tenemos que ponderar más profundamente las consecuencias a largo plazo para los objetivos de la misión derivadas de la grave disminución en el número de jesuitas. Otros señalan que siguen sin resolverse las tensiones y el lenguaje divergente sobre este tema. Aunque no consiguiera otra cosa, quiero que mis comentarios de hoy desencadenen un diálogo fructífero en este tema de la colaboración, y atraigan a jesuitas y colaboradores a una investigación más profunda sobre cómo llevar a cabo de un modo más fructífero la colaboración en la misión aquí, en la Universidad Loyola Marymount.

Colaboradores y compañeros

En primer lugar, unas palabras sobre la nomenclatura. He elegido los dos términos, colaboradores y compañeros, mejor que socios, para subrayar claramente el diálogo mutuo entre compañeros en la misión. La

¹ Esta versión de las notas del discurso del Padre Nicolás incluye varios párrafos omitidos en la entrega de su texto, así como las observaciones añadidas durante el discurso, señalado aquí en un tipo de letra distinto.

² Pedro Arrupe, S.J., "Pioneros del Espíritu: colaboración jesuitas-laicos" St. Joseph's University, Philadelphia, 31 Julio 1976.

³ 7 de junio de 1989. Asamblea de la Enseñanza Superior de la Compañía de Jesús en Estados Unidos. Universidad de Georgetown (Washington).

⁴ Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Colaboración con los laicos en la Misión. Universidad de Creighton (USA), 6 de octubre de 2004

colaboración puede ser, a veces, un término paternalista o implicar el adjetivo 'inexperto', en la colaboración. Ambos términos –colaborador y compañero- resuenan profundamente en la tradición y el vocabulario jesuita. Desde el principio, mucho antes de que fueran jesuitas, San Ignacio y sus primeros compañeros – entonces todavía laicos- se vieron reflejados en los primeros 72 discípulos enviados en misión por Jesús. Jesús dijo a los primeros discípulos: "La mies es abundante pero los obreros son pocos. Roguemos al Señor de la mies que envíe muchos obreros a la viña "(Lucas 10:2).

Esa imagen de los jesuitas como colaboradores en la viña resonó en la primera deliberación de Ignacio y sus compañeros cuando ponderaban si establecerse como una orden aprobada por la Iglesia. Se considera como una metáfora central en el crucial capítulo 7 de las Constituciones de la Compañía de Jesús, redactadas bajo los auspicios de San Ignacio. El capítulo 7 trata de cómo los jesuitas han de elegir las misiones en las que comprometerse. Las normas para la elección de la misión son las siguientes: (1) ayudar a las almas, es decir, ayudar a la gente, (2) la mayor gloria de Dios (3) ir donde hay mayor necesidad; (4) la búsqueda del *magis*, es decir, lo que excede la mediocridad y se mueve hacia la excelencia, más allá de lo ya logrado; (5) tomar las obras, también, cuando otros no estén presentes o disponibles; (6) moverse a veces a las polémicas fronteras de la acción o el conocimiento, incluso rompiendo límites anteriores; (7) asumir obras que suponen un bien más universal y un mayor alcance, y (8) crear o participar en comunidades de solidaridad en la búsqueda de la justicia. Estas normas siguen en vigor hoy día, cuando los jesuitas consideran establecerse o continuar una obra bajo su propio patrocinio o unirse, como colaboradores, en la misión y el trabajo de otros.

Os daréis cuenta de que hablo no sólo de obras patrocinadas por jesuitas, sino de jesuitas que se convierten en compañeros y colaboradores en las obras de otros, por ejemplo, en obras de promoción social y de la justicia, o incluso en otras universidades. Desde el principio, los jesuitas vieron el ser colaboradores en la viña del Señor como algo más que estar siempre al mando de la misión. Sin embargo, incluso cuando son compañeros de trabajo en la misión de otros, los jesuitas (solos o en grupo) la eligen por su resonancia con su más profundo sentido de misión.

Una virtud de esta rica metáfora de colaboradores en la viña del Señor, es que ésta indica claramente que los jesuitas nunca pensaron que controlaban el fruto más profundo de un ministerio o que podrían amoldarlo totalmente a sí mismos. Fueron enviados a la viña del Señor, no a la suya, y anhelaban compañeros de trabajo. Los primeros jesuitas dieron lugar a numerosas congregaciones de laicos para la formación espiritual y el servicio social. Un ejemplo notable es la temprana Casa de Santa Marta, un pionero refugio para prostitutas y mujeres maltratadas en Roma, con su confraternidad de acompañamiento, la Compañía de la Gracia. Del mismo modo, los primeros misioneros jesuitas itinerantes crearon cofradías para continuar el trabajo en su ausencia. En varios casos notables (como en Tokugawa Japón, y, más tarde, en China después de la revolución comunista), estas cofradías de laicos alimentaron la fe cuando fueron expulsados los misioneros jesuitas. Como muestra en su título una historia reciente de estas primeras cofradías, *Trabajando en la Viña del Señor*, los jesuitas extendieron fácilmente la metáfora de los compañeros de trabajo en la viña a estas cofradías de laicos. El movimiento de Congregaciones Marianas, ahora conocido como Comunidad de Vida Cristiana (CVX), es el resultado de estas cofradías. Y la Universidad Loyola Marymount, tiene más estudiantes en la Comunidad de Vida Cristiana que cualquier otra universidad de la Compañía en América.

El segundo término, **compañero**, también está profundamente grabado en la imaginación de los jesuitas. El nombre que la incipiente orden, audazmente, eligió para sí fue "Compañía de Jesús" -no una compañía militar, sino una compañía de amigos-. Ignacio había experimentado en La Storta, a las afueras de Roma, una revelación mística en la que vio a Dios Padre y a Jesús, y oyó al Padre decir que Dios pondría a Ignacio y sus primeros compañeros como *compañeros* en la misión y el trabajo de Jesús: Jesús con su cruz.

Así que es claro que los jesuitas dan a su identidad y sentido de misión un complejo conjunto de metáforas religiosas y específicamente cristianas. Sin embargo, a través de la historia de la Compañía, los jesuitas también se han visto a sí mismos como colaboradores y compañeros con los no cristianos, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad; hombres y mujeres de buen corazón. Pienso en la misión en China, donde los jesuitas tenían el Observatorio Imperial y trabajaron como artistas en la Corte del Emperador. O recordamos la colaboración de Matteo Ricci y Xu Guangqi en la traducción de los *Elementos* de Euclides en chino. Si bien los jesuitas llevan su propia identidad católica-cristiana a cualquier obra a la que se unen, saben que los proyectos de los demás no siempre son concebidos explícitamente en términos cristianos, o incluso religiosos. Se unen a este tipo de proyectos, con su propia identidad, porque ven profunda consonancia entre la misión no-religiosa y sus propios criterios para la misión. Del mismo modo, le piden a los miembros de otras tradiciones religiosas o simplemente, a hombres y mujeres de buena voluntad, que se unan a sus propias obras sin pedirles de ninguna manera que renieguen de su identidad en la obra común.

Misión

Para algunos la palabra "misión" es sospechosa porque puede estar teñida de proselitismo o, en algunos

países ex coloniales, de imposición de valores occidentales. Sin embargo, el término también tiene un significado más amplio, utilizado incluso en un ambiente secular, en el sentido de claridad sobre los objetivos y estrategias para conseguirlos que guían a una empresa o una entidad sin ánimo de lucro, como esta universidad. Históricamente, los jesuitas han abierto centros (por ejemplo, en tierras del Islam), prometiendo explícitamente que no se trata de convertir a nadie. Lo hicieron por la resonancia de la obra con los objetivos de la misión jesuita de ayudar a la gente, de llegar al mayor bien universal, y de cultivar una fe que trabaja por la justicia. De manera similar, los jesuitas contemporáneos han creado el Servicio Jesuita a Refugiados, porque es una obra de gran necesidad y otros no pueden llevarla a cabo. Es una obra donde los jesuitas son pocos, en efecto, pero en la que los compañeros de trabajo de otras religiones y culturas son muchos, y donde la cosecha ha sido muy grande!

La identidad es lo que somos más profundamente y lo que aportamos a cualquier esfuerzo o trabajo. Ha de ser siempre respetada, honrada y apreciada. La identidad que aportamos al diálogo es nuestra mayor contribución y enriquecimiento. La misión es el trabajo que hacemos en común. Como dijo el Padre Kolvenbach en una ocasión en un discurso ante representantes de las universidades jesuitas en el mundo: "La misión no es impuesta, sino propuesta."⁵ El colaborador ideal, sugirió, es una persona competente y concienciada, compasiva y educada en la solidaridad. El peor error en la misión común, según él, es tratar de llevar a todos por el mismo camino. Así como hay muchas formas de identidad, hay muchas maneras de contribuir a una misión común. Todos ellos pueden encarnar una u otra de las normas de los jesuitas para la misión.

Ahora quiero repasar, brevemente, algunas de las cosas que la Compañía ha dicho acerca de ser colaboradores y compañeros con no jesuitas en obras comunes, nuestras o de otros. Me limitaré a destacar algunas de las declaraciones de más peso en los diferentes documentos y charlas publicadas. Puede ser provechoso para todos, jesuitas y colaboradores, leer otros documentos al respecto. Pero mi objetivo principal, como señalé al principio, es fomentar un diálogo más profundo, más allá de los documentos, entre aquellos que hoy trabajan en nuestras obras comunes. Tenemos que pasar de las palabras a un camino común; del discurso a la acción, de las ideas a la implicación en un proyecto, como la Universidad Loyola Marymount, que compartimos y apreciamos mutuamente.

Documentos y discurso sobre colaboración en la misión común entre jesuitas y no jesuitas

En la Congregación General 34, celebrada en 1995, se promulgó un decreto inicial, para toda la Compañía de Jesús, titulado "Colaboración con los laicos en la Misión." Este decreto, profundamente influenciado por los cambios en la eclesiología y en la propia auto comprensión de la Iglesia desde el Concilio Vaticano II, preveía que la iglesia del nuevo milenio, con razón, se llamaría "la Iglesia del laicado". Los delegados afirmaron: "Prevedemos la expansión del protagonismo apostólico laical en las obras de la Compañía durante los próximos años y nos comprometemos a apoyarla".⁶ Por tanto, el decreto llamaba a todos los jesuitas a promover una actitud de disposición para cooperar, escuchar con atención, y aprender de otros. Debían ser tanto hombres "para" los demás como hombres "con" los demás.⁷

Para no dejar este proceso de cambio al azar, la Congregación, previó la necesidad de la formación permanente de los jesuitas para que pudieran escuchar a otros, aprender de su espiritualidad y afrontar juntos las dificultades de la auténtica colaboración.⁸ Sin duda, una misión común necesitaba "una definición clara de la misión". Pero no debería haber ningún error acerca de la influencia y el alcance de la colaboración integradora. "Todos los colaboradores en la obra deberían ejercer la corresponsabilidad y comprometerse en el proceso de discernimiento y toma de decisiones compartida."⁹ Es evidente que un laico puede ser director de una obra de la Compañía y ejercer su autoridad sobre sus compañeros jesuitas -un punto difícil para algunos. En lugar de ver la colaboración jesuitas-laicos como una potencial disminución, los delegados afirmaron que "esta transformación puede enriquecer estas obras y acentuar su carácter ignaciano."¹⁰ Por último, el decreto termina con el firme compromiso: "La colaboración con el laicado es a la vez un elemento constitutivo de nuestro modo de proceder y una gracia que pide una renovación personal, comunitaria e institucional."¹¹

Reflexionando sobre este documento, el padre Kolvenbach, en su discurso en la Universidad de Creighton en 2004, señala que los jesuitas han sido a veces remisos en el seguimiento de este fuerte compromiso enunciado en la CG34. "Tenemos que admitir que la completa asimilación del significado y el verdadero espíritu de colaboración mutua y respetuosa ha sido lenta."¹² Se reafirma el compromiso de la CG34: "Los jesuitas debemos

⁵ Peter-Hans Kolvenbach, S.J., "La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano", Roma, 27 May 2001.

⁶ CG 34, d. 13.2.

⁷ CG 34, d. 13.4.

⁸ Cf. CG 34, d.13.4.

⁹ CG 34, d.13.13.

¹⁰ CG 34, d.13.20.

¹¹ CG 34, d.13.26.

¹² Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Colaboración con los laicos en la Misión. Universidad de Creighton (USA), 6 de octubre de 2004

ser no solamente amigos y compañeros del Señor y unos de otros, debemos ser amigos y compañeros de nuestros colaboradores en la misión. Esta reciprocidad de presencia personal es central en nuestra identidad de jesuitas."¹³

Según observó el Padre Kolvenbach, nos enfrentamos a una nueva cuestión. "Para que sea una cooperación en plano de igualdad, la pregunta ya no es: '¿Cómo laicos y laicas pueden asistir a los jesuitas en sus ministerios?' Surge una nueva pregunta: '¿Cómo pueden los jesuitas servir a laicos y laicas en sus ministerios?'" Por tanto, observa el P. Kolvenbach, los jesuitas deben asegurarse de que el uso de "nosotros" y "nuestro" es verdaderamente inclusivo - donde "nuestro" significa "todos nosotros"- y no exclusivo, como ocurre cuando el "nuestro" se entiende por "sólo nosotros"- Dice el Padre Kolvenbach: "Tenemos que pasar de un uso exclusivo de "nuestra" parroquia, "nuestra" escuela, a un uso incluyente. "Nuestro" se refiere ahora a un grupo más amplio porque es una misión de la que todos nosotros - jesuitas y laicos - somos corresponsables."¹⁴.

El Padre Kolvenbach, en este discurso de Omaha, vinculó de forma notable el documento sobre los jesuitas-laicos de la CG 34, con otro decreto de la CG 34 sobre "la Compañía y la situación de la mujer en la Iglesia y la sociedad". Observa que la CG 34 se unió a Juan Pablo II en su llamamiento a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, especialmente los católicos, a hacer de la igualdad esencial de la mujer una realidad viva.¹⁵ Y continúa señalando que la CG34 comprometió a la Compañía "de una manera más formal y explícita a considerar esta solidaridad con la mujer como parte integrante de nuestra misión."¹⁶ En algunas obras de los jesuitas, tal vez, esta solidaridad se ha mantenido más aparentemente que como realidad evidente. Esto puede sugerirnos otra cuestión para un mayor diálogo acerca de la colaboración jesuita-no jesuita en la misión.

En otro de sus decretos, la CG 34 subrayó que el ecumenismo es una forma nueva y esencial de ser hoy católico, y que el diálogo interreligioso entre cristianos y religiones no-cristianas, o seculares, debe ser una prioridad apostólica de la Compañía. La CG 34, sin embargo, en su decreto sobre la "Colaboración con los laicos en la Misión", no dio este carácter inclusivo, como podría haberlo hecho, a estos temas ecuménicos e interreligiosos. Por lo tanto, el Decreto 6, "Colaboración en el corazón de la Misión," el reciente decreto de la GC 35, que se celebró hace apenas un año, tiende a evitar el uso del lenguaje intraeclesial de laicos y clérigos, y adopta un tono mucho más ecuménico e interreligioso.

Ciertamente, el decreto "Colaboración en el corazón de la misión" recoge el tema de los colaboradores y compañeros así como "renueva nuestro compromiso para la colaboración apostólica y para compartir en profundidad el trabajo."¹⁷ Sin embargo, explica que: "Hemos sido enriquecidos no sólo por personas que comparten nuestra misma fe, sino también por personas de otras tradiciones religiosas y por mujeres y hombres de buena voluntad de todas las naciones y culturas con quienes luchamos buscando un mundo más justo."¹⁸ No debe causar sorpresa que los jesuitas, cuyo carisma originario determina que traten de discernir y encontrar a Dios presente y trabajando en todas las cosas, también puedan tratar de encontrar al mismo Dios trabajando y presente en todas las personas, independientemente de su identidad, sus tradiciones, culturas o religiones.

Esta historia de uno de nuestros centros en Japón ilustra este punto. Un budista quería unirse a nosotros porque, según dijo, el budismo no tiene una filosofía explícita y desarrollada de la educación, como tienen los jesuitas, que han estado trabajando en ella durante 450 años. Estaba muy contento de ser aceptado, pero decepcionado cuando el director le dijo que sólo diera sus clases, que los jesuitas harían el resto. Eso, por supuesto, era una mentalidad anticuada, no muy colegiada. Pero afortunadamente la mente de los jesuitas ha cambiado. El budista es ahora subdirector de ese centro y muy probablemente será director en breve.

Conforme pasaba el tiempo otro budista, un joven profesor, solicitó empleo, pero ocultó a sus entrevistadores que pertenecía a una secta militante anti-religiosa (y no japonesa). Después de ser contratado, comenzó a quejarse de todo, especialmente porque había una capilla en el colegio. No veía sentido a la capilla y pensaba que era imponer la religión a los niños. Cuando quedó claro que sus quejas acerca de la capilla eran una excusa que encubría su negatividad general, la gente trató de convencerlo para que se fuera a algún lugar donde pudiera ser feliz. Pero fue en vano. Dijo que tenía derecho a no ser obligado a abandonar su trabajo. Así que los otros profesores se dirigieron al budista que ahora era subdirector y le preguntaron si podía hacer algo. Dijo que lo intentaría; así fue y le dijo: "Joven, usted no entiende dónde está. Se queja de tener una capilla, pero en este centro, en el momento que entra por la puerta, todo es capilla." Lo entendió entonces y decidió irse y buscar otro trabajo.

Lo que quiero señalar es que a veces, un budista como el subdirector podría tener una mejor comprensión de lo que entendemos por un buen cristiano o de la educación jesuita que alguno de nosotros. La experiencia completa es lo que cuenta. No es sólo lo que

¹³ *Ibid*

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Cf. CG 34, d.14.5.

¹⁶ CG 34, d.14.16.

¹⁷ CG 35, d.6.2.

¹⁸ CG 35, d.6.3.

hacemos en la capilla, que es muy significativo y mantiene vivo nuestro corazón. Es también lo que hacemos en las aulas, los laboratorios de investigación, las residencias, y así sucesivamente. Es la obra completa la que trabaja en profundidad, en la creatividad en la vida de la gente de hoy, con vistas a una nueva humanidad en nuestro mundo y en el futuro. Este hombre, este budista, lo tiene. Necesitamos más compañeros en la misión como él.

El documento de la CG35 sobre la colaboración refleja una visión no eurocéntrica de muchos lugares, incluidos Asia y África pero también cada vez más incluso América del Norte y del Sur y Europa, donde los jesuitas se encuentran como colaboradores en el trabajo de otros. Correlativamente, se comprometen con colaboradores budistas, judíos, hindúes, musulmanes, o incluso agnósticos en sus propias obras. Es significativo que la Congregación reconoce explícitamente "que es más diversa la comunidad de aquellos con quienes hemos sido llamados a compartir esta misma misión"¹⁹. En su conclusión, afirma la CG35: "La Compañía desea fuertes relaciones en la misión con tantos colaboradores en la viña del Señor como sea posible."²⁰

Claridad de la Misión y de la Formación

Los documentos de la CG 34 y CG 35 sobre colaboración enfatizan que cualquier trabajo con el patrocinio explícito de los jesuitas, u otro que lleve su nombre, debe sustentarse en una declaración de misión clara. La sociología de las organizaciones hace mucho tiempo nos ha enseñado que las más eficaces y productivas tienen declaraciones definidas de misión y operan normalmente de acuerdo con ellas para orientar la planificación del trabajo en equipo y el trabajo. También permiten una participación amplia de los compañeros de trabajo. La sombra, sin embargo, en el loable esfuerzo para ampliar el alcance de la misión de los jesuitas y que sea más ecuménica, se encuentra, precisamente, en la tentación de rebajar la misión a una, a menudo, vaga y bastante insulsa retórica secular. Esto evoca, a lo sumo, un mero asentimiento teórico y no mueve a nadie en profundidad. Estas declaraciones de misión pueden ser, de hecho, insustanciales.

Claramente, el sentido de la misión de los jesuitas nace, como he citado antes, de los criterios de la Compañía para la elección de la misión. De hecho, las diferentes obras de los jesuitas resaltarán más o menos algunos elementos de estos criterios; pero ciertos componentes de la misión de la Compañía son incuestionables. Estos incluyen el compromiso con la excelencia, que viene del *magis*; una clara articulación y promulgación de la fe que hace justicia; diálogo interreligioso; un profundo sentido del dinamismo espiritual subyacente; y un cuidadoso proceso de discernimiento. Para los jesuitas, estos criterios se derivan claramente de las premisas católico-cristianas. Otros, sin embargo, (como muestra la experiencia) pueden contribuir a la misión y dinámica de los jesuitas, trabajando desde sus propias identidades religiosas específicas o por motivos humanistas más seculares. Nadie se verá obligado a abrazar la fe católica o perder su propia identidad. Sin embargo, todos los compañeros en la misión de una obra patrocinada por la Compañía reconocerán que para sus compañeros jesuitas la razón principal de la misión seguirá estando profundamente enraizada en su preocupación por la promoción de la palabra de Jesús y la promulgación del Reino de Dios en justicia y derecho.

En cuanto a la formación, en términos jesuitas, esta palabra implica una profundidad espiritual de la vinculación afectiva y un conjunto de prácticas, incluyendo los Ejercicios Espirituales, que conforman la colaboración en una misión común. Como el Padre Kolvenbach articula en su discurso de Omaha en 2004: "Los jesuitas le debemos a nuestros colaboradores el permanecer enraizados en las gracias de los Ejercicios y encontrar caminos para poner este recurso apostólico a disposición de aquellos con quienes cooperamos en la misión."²¹ Si bien los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola son radicalmente cristocéntricos, centrados en la noción central del discipulado y el Reino de Dios, la experiencia y el testimonio de los no cristianos sugiere que elementos importantes de los Ejercicios Espirituales, especialmente los relacionados con la libertad espiritual, el equilibrio y el discernimiento, pueden ser aprovechados fructíferamente incluso por los no cristianos.

Quisiera subrayar esta idea de que los Ejercicios Espirituales, pueden ser compartidos por los no cristianos. A pesar de que Cristo está en el corazón de la experiencia completa de los Ejercicios, también es cierto que su estructura consiste en un proceso de liberación -de apertura a nuevos horizontes- que puede beneficiar a las personas que no comparten nuestra vida de fe. Esto es algo que me gustaría que se explorase más. En particular, hemos experimentado este reto en Japón, donde no cristianos vinieron a visitarnos y preguntaron si podían hacer los Ejercicios. Esto provocó una reflexión, que tenemos que continuar. ¿Qué dinámica pueden hacer suya los no creyentes en los ejercicios para encontrar horizontes más amplios en la vida y un mayor sentido de la libertad espiritual?

Una parte importante de la formación para la misión en un contexto jesuita es el discernimiento. Esto puede parecer un término esotérico. Pero como aclara la CG 35, el discernimiento nos permite participar en el mundo "a través de un cuidadoso análisis de contexto, en diálogo con la experiencia, incluyendo la evaluación mediante la

¹⁹ CG 35, d.6.7.

²⁰ CG 35, d.6.24.

²¹ Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Colaboración con los laicos en la Misión. Universidad de Creighton (USA), 6 de octubre de 2004

reflexión, orientado a la acción y abierto siempre a la evaluación."²² El discernimiento y la evaluación implican también una apertura a lo trascendente y lo inesperado, lo que se conoce por "gracia". En cierto sentido, el significado del discernimiento se puede encontrar en la famosa fórmula del jesuita y filósofo-teólogo Bernard Lonergan: *se atento, se inteligente, se razonable, se responsable*.

Y, añade, si tienes fe, ama a Dios.

Y yo añadiría que si estás en sintonía con los movimientos interiores del Espíritu, con los que tu corazón vibra en su nivel más profundo, entonces sabrás dónde trabaja Dios en tu vida. Todo esto tiene importancia para la educación en centros jesuitas, donde queremos que la gente sea atenta, inteligente, razonable, responsable, en el amor- y por tanto plenos de libertad y en contacto con lo mejor de sí mismos.

La formación en el discernimiento y la misión se deriva principalmente de la conversación profunda, donde prestamos atención a la experiencia, reflexionamos sobre esa experiencia y después, todos juntos, tomamos buenas decisiones sobre la base de lo aprendido durante el proceso. Siempre implica compartir nuestras propias historias. La misión común se convierte en real a través de auténticas relaciones de confianza y de acciones y prácticas compartidas. La acción conjunta puede animar a los colaboradores a actuar por sí mismos en nuevas formas de pensar y de ser. La acción conjunta puede animar a los compañeros de trabajo a vivir más consecuentemente como contemplativos en la acción y auténticos compañeros.

¿Se dará tal colaboración entre iguales compartiendo realmente la misión? ¿Funcionará? ¿Estamos empezando el proceso demasiado tarde en el tiempo? Las tensiones entre la diversidad (que hay que preservar como un tesoro) y un sentido más profundo de identidad compartida, en un grupo que quiere cultivar una cierta continuidad en la identidad y la misión, pueden resolverse, y lo harán, si se ven sujetos a continuo diálogo y conversación. En el mundo de hoy, inexorablemente, todos estamos entrelazados por las fuerzas de la globalización, que nos interconectan profundamente. Como mínimo, debemos aprender a tolerar nuestras diferencias, pero idealmente podemos encontrar la manera, -si vemos la diferencia y al "otro" como recurso enriquecedor y no como amenaza- de fusionar las diferencias en un propósito común vital. La diversidad puede apreciarse como una oportunidad para encontrar a Dios activamente en el trabajo de un modo nuevo. Los jesuitas han encontrado que su larga historia de implicación en muchas culturas, tradiciones y religiones, ha sido algo que mejora y clarifica profundamente y, de hecho, conforma su propia identidad.

Es útil distinguir entre la mera tolerancia y la coexistencia, como en un zoológico, y la interacción verdadera del compañerismo, como en la ecología de un bosque. Un zoológico es un lugar donde cohabita una gran cantidad de animales diversos y residen en jaulas o enclaves separados, pero no interactúan, ¡gracias a Dios!, directamente (de otro modo algunos de ellos morirían). Esta es la diferencia de la mera cohabitación. Un bosque, por otra parte, nos ofrece un ejemplo vibrante de la pluralidad fundamental en la interacción. Es un lugar donde los distintos tipos de la vida orgánica interactúan, se regeneran, polinizan y se expanden juntos. O, refundiendo la rica metáfora de San Pablo, en nuestra misión común hay muchos dones, identidades, culturas, religiones y tradiciones seculares, pero sólo un cuerpo.

Localmente podéis evaluar mejor dónde debe comenzar el diálogo sobre cómo convertirnos en mejores compañeros y colaboradores en la misión común. Vosotros captáis más concretamente cualquier obstáculo o dificultad para un diálogo más fructífero acerca de la colaboración. Conocéis las buenas prácticas ya existentes para la colaboración en la misión y cuáles son los próximos pasos a dar. Como punto final, quiero recordar que Ignacio de Loyola privilegiaba, como un ministerio en igualdad a la enseñanza universitaria, el trabajo social o los Ejercicios Espirituales, la humilde pero exigente tarea de la conversación espiritual genuina. Él intuía que, en una conversación auténtica sobre la misión común, siempre se encontraba a Dios profundamente activo y presente.

Os doy las gracias por la oportunidad de compartir estas reflexiones y expreso la esperanza de que estimule el tipo de diálogo que hará realmente fructífera esta Jornada para la Misión en Loyola Marymount University.

²² CG 35, d.6.9